

24 DE JUNIO DE 1965. San Remo

La finca ocupaba gran parte del istmo que unía Cala-Rocha con la península en cuyo extremo se levantaba el faro.

Ah, el faro...

Era enorme, uno de los mayores del Mediterráneo. Tan alto como la Giralda de Sevilla, según aseveraban los naturales de la zona, con total convicción. Su luz era blanca como la de la combustión del acetileno y tan intensa y misteriosa como la de la luna llena; capaz, por tanto, de guiar a los barcos perdidos incluso en medio de las peores galernas.

Todo esto lo contaba desde hacía cuatro décadas Arcadio Lalueza, el farero, mientras los ojos del color de la mar se le empañaban de emoción.

Claro está que Andrea no podía saber nada de eso en aquel momento.

En ese momento, no era más que un recién llegado.

En ese momento, cuando recobró el sentido, se limitó a sacudir la cabeza, intentando librarse del aturdimiento y, acto seguido, se palpó los brazos cuidadosamente; y las piernas y el torso, en busca de alguna lesión importante que, por fortuna, no se había producido. Después, se incorporó lentamente, aún ligeramente mareado.

—Bien —se dijo, con una mezcla de satisfacción y temor—. Lo has conseguido, Andrea Oлару. Lo has conseguido. Bien por ti.

Hacía calor, así que se quitó el traje, blanco con cuatro letras rojas en la espalda, CCCP, lo dobló cuidadosamente y lo guardó en su armario.

En pantalón corto y camiseta, salió a echar el primer vistazo.

Pensó primero que se hallaba en medio de un bosque, pero pronto descubrió que los senderos estaban delimitados por ladrillos macizos colocados en cartabón, semienterrados en el suelo.

«Un parque —dedujo Andrea de inmediato—. Esto no es un bosque sino un parque. Un parque sin paseantes. Un parque solitario».

En realidad, se trataba de una finca particular que Andrea comenzó a explorar.

Era grande, muy grande; y parecía descuidada, presa del abandono. Pronto le llamó la atención el bosque de pinos marítimos asomados al acantilado sur.

Descubrió la casa a lo lejos, tras cinco minutos de caminata. Era hermosa. Tenía una gran escalinata, dos chimeneas, tres plantas y tejado a cuatro aguas. Estaba cerrada, las persianas como tabiques de madera. Debía de llevar así mucho tiempo. Qué pena.

El cobertizo cercano, en cambio, estaba abierto de par en par. Algún vendaval, seguramente, había vuelto la doble puerta de madera con violencia, haciendo saltar las hojas de sus goznes. Dentro, Andrea vio una canoa deteriorada con casco de fibra y motor fueraborda, dos pares de tablas y el resto de los aparejos para practicar el esquí náutico. Y muchas otras cosas,

pues aquello parecía garaje, taller y trastero, todo en uno.

Desde la linde contraria de la finca se divisaba, abajo y a lo lejos, una larguísima playa de arena dorada. Asomada a la playa, una población de aspecto no precisamente marinero. Turístico, empezaba a decirse. Turístico. Qué palabra...

De pronto, Andrea se acordó de la radio. Se palmeó la frente y echó a correr. ¡Tenía que llamar a casa! Tenía que decirles a todos que no se preocupasen, que estaba bien y que lo había conseguido. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Tras un viaje, tras cualquier viaje, lo primero es llamar a casa.

Aún con la respiración desacompasada, comprobó que la radio no había tenido tanta suerte como él. Algo en su interior debía de haberse roto o fundido durante el trayecto. Andrea movió el dial, pulsó todos los botones y aseguró todos los bornes; y hasta le propinó una tanda de esos inútiles golpecitos que todos utilizamos como el último y ridículo recurso ante la rebeldía de la técnica. Fue

inútil. El transmisor receptor Merceva-Variator permaneció tercamente sordomudo.

De modo súbito, Andrea se sintió abrumado por la congoja. Se hallaba a cientos de kilómetros de casa, en tierra extraña, sin posibilidad de comunicar por radio para pedir ayuda o consejo. Completamente solo.

Hacía calor, mucho calor; un calor espantoso, pegajoso, que apenas cedió cuando el astro rey, enrojecido como un escolar pillado en falta, desapareció tras el perfil de la cadena montañosa de litoral.

Andrea caminó lentamente hasta dar una vuelta completa en torno al R-4 y comprobó que la puerta de la bodega se había abierto y buena parte de las provisiones se hallaban desperdigadas por los alrededores; pero eso carecía de importancia.

Sí le preocupaba la suerte que hubiese corrido Protón. Apretando los dientes, Andrea se asomó al interior de la bodega. Respiró aliviado al comprobar que el cuerpo del animal no estaba allí. De modo que lo más probable era que siguiese vivo y

hubiese escapado mientras él se encontraba inconsciente.

Recogió del suelo una de las raciones de asalto.

Se comió la mitad del contenido de la lata de carne en conserva de origen norteamericano, —*corned beef*, decía la etiqueta—, las cuatro galletas y la tableta de chocolate. Luego, regresó al límite de la finca para seguir contemplando el atardecer.

Cuando la noche hubiese caído por completo, bajaría al pueblo. Necesitaba saber exactamente a qué distancia se encontraba de San Remo, porque solo faltaban tres semanas para el festival de la canción italiana y tenía que llegar allí e inscribirse en la modalidad de jóvenes solistas.

Cala-Rocha

Un par de horas más tarde, decidió que era el momento de intentarlo. Haría un primer acercamiento al pueblecito de aspecto turístico y, quizá, de paso, intentaría cambiar en moneda nacional el dinero que traía.

Lo reunió todo: los ciento tres rublos que le diera Vladimir, los quince francos suizos del abuelo y, por supuesto, los doce legs y catorce coronas que él mismo había conseguido ahorrar durante los últimos meses.

Con todo ello en los bolsillos, se dirigió a la entrada de Lápneda. No muy lejos de la verja principal descubrió una brecha en la tapia, por la que accedió, no sin cierta dificultad, al camino de Pablo Claris, al que todos llamaban camino del faro, excepto el farero Arcadio Lalueza, que lo llamaba «camino a casa».

El pueblo estaba muy animado y, tras adentrarse en el casco urbano apenas unos cientos de metros, Andrea comenzó a cruzarse con diversos grupos de personas. Los habitantes de Cala-Rocha parecían tener algo en común: eran jóvenes, vestían de forma similar, con prendas de colores claros y alegres; y todos, sin excepción, lo miraban con expresión de sorpresa, cuando no de asombro.

«Me miran como si fuese un ser de otro planeta —pensó Andrea—. ¿Por qué será?».

Por fin, vio acercarse por el final de la calle a un matrimonio de mediana edad y consideró que seguramente eran ellos quienes mejor lo podían ayudar.

Preparó una sonrisa, repitió un par de veces la frase que había ensayado para la ocasión y se dirigió a ellos con aire decidido.

—*Sento, scusi. Saprebe dirmi se c'e una banca qui vicino?*

Los esposos se miraron de reojo.

—Pero ¿qué dice este pollo? —farfulló el hombre—. Estos turistas, siempre igual. Viene cada uno con su idioma, a cual más raro, y esperan que

nosotros los entendamos. Eso, por no hablar de la ropa. Fíjate tú, la indumentaria del muchacho.

—Debe de ser italiano, Ramón.

—¿Lo dices por la camisa negra, al estilo de Mussolini?

—Lo digo porque me ha parecido que hablaba italiano.

—¿Italiano? ¡Quita, quita...! Pero si el italiano se entiende perfectamente. Es casi como el español. Eso no era italiano, Mari Carmen, que te lo digo yo. Portugués, quizá...

—Pues a mí me ha sonado a italiano.

—Qué sabrás tú, mujer.

Andrea se sintió confundido por la discusión que su pregunta había suscitado. En su país, nadie sería tan descortés. Estuvo tentado de interrumpir el diálogo entre la pareja, pero finalmente optó por agitar las manos, esbozar una disculpa y alejarse de inmediato, pensando que también era mala suerte haber elegido por azar precisamente a aquel matrimonio de tan extraño proceder. Tal vez eran extranjeros, como él. Claro que... también podía ocurrir que su italiano no fuese comprensible. Al

fin y al cabo, era la primera vez que lo hablaba ante verdaderos nativos.

También existía otra explicación, claro; que no estuviese en Italia. Pero esa era una posibilidad que no quería contemplar.

Con la vista en el suelo, caminó un par de manzanas. Tomó aire y buscó un nuevo interlocutor. Se fijó en otra pareja, esta mucho más joven que la anterior. Veintitantos años, él. Ella, quizá no llegase a los veinte. Y se dirigió hacia ellos.

—*Scusi. Vorrei cambiare valute estere. Mi potrebbe indicare un ufficio di banca?*

La sorpresa volvió a repetirse. Sin embargo, la chica parecía espabilada y al cabo de unos segundos pareció comprender.

—Creo que busca un banco —le susurró a su novio—. Para cambiar dinero.

—¿Un banco? —exclamó el muchacho—. ¡Pero si a estas horas todos los bancos están cerrados!

—*Scusi. Come dice?*

—¡Cerrados!

—¿Cerra... dos? —repitió Andrea.

—Eso es: están cerrados —insistió la chica, pronunciando cada sílaba—. Tendrás que esperar a mañana. Mañana a partir de las nueve.

—Mañana —dijo Andrea.

—Mañana, sí.

La chica tenía una sonrisa preciosa y Andrea se la quedó mirando. Fueron solo tres segundos.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Ya vale de mirar a mi novia!

—*Scusi?*

—¡Ni escusi ni escuso! ¡Lárgate de aquí antes de que te dibuje una cara nueva! ¡Piojoso!

—Cálmate, José Luis...

—¿Pero es que no has visto cómo te miraba el escote?

—Que no, hombre...

—¡Vámonos de aquí ahora mismo, Margarita!

José Luis lanzó un bufido, cogió a Margarita de la mano y la arrastró consigo. A la chica apenas le dio tiempo de dedicarle a Andrea una sonrisa a modo de excusa por el comportamiento de su novio.

Y Andrea permaneció unos segundos como el trapecista durante una pirueta: suspendido en el aire.

Solo que él quedó suspendido de la sonrisa y de la mirada de la muchacha.

Pero, enseguida, aterrizó.

Se dio cuenta de que los peores augurios se habían cumplido. Por primera vez alzó la vista y —unos, a la luz de las farolas; otros, gracias a su propia iluminación— leyó con detenimiento los rótulos de los establecimientos cercanos: «Hostal Pradas», «Correos», «Casino del Círculo Recreativo», «Mercado Municipal», «Casa Boira. Papelería. Prensa. Recuerdos de Cala-Rocha. On parle Français».

Andrea contuvo una maldición, mientras el estómago se le encogía como un pulpo.

—Esto no es Italia —dedujo con acierto—. Algo ha salido mal.

Durante mucho rato, Andrea siguió recorriendo las calles de Cala-Rocha, leyendo carteles y nombres de calles, atendiendo retazos de conversación.

Recorrió de punta a cabo el paseo marítimo y la Gran Vía de Valentín Primicia, que parecía la

principal del pueblo. Llegó hasta el puerto de pescadores, atravesando antes una pequeña plaza arbolada, llamada del General Prim. Por calles empinadísimas se adentró en la parte antigua, coronada por la iglesia de Santa María del Mar. Y, por fin, acabó paseando descalzo por la arena de la playa más oriental del municipio sin sospechar que su nombre —playa de Los Melancólicos— le venía al pelo a su maltrecho estado de ánimo.

En todo su paseo, lo único que encontró que le recordase a Italia fue la fachada iluminada por tubos de neón del cine Rialto.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó mientras dejaba que un Mediterráneo manso, calmo, le lamiese los tobillos—. ¿Cómo?

El paseo marítimo se desplegaba paralelo a la playa principal, la de Levante. Mucho antes de llegar allí, cuando aún caminaba entre los tinglados del puerto, Andrea escuchó la música. Se detuvo y prestó atención.

—Pero... si es *Maruzella* —susurró, mientras el corazón le daba un brinco.